

Cuentos del paraíso de las islas

12-03

Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 19/11/2023

Número de páginas: 15

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

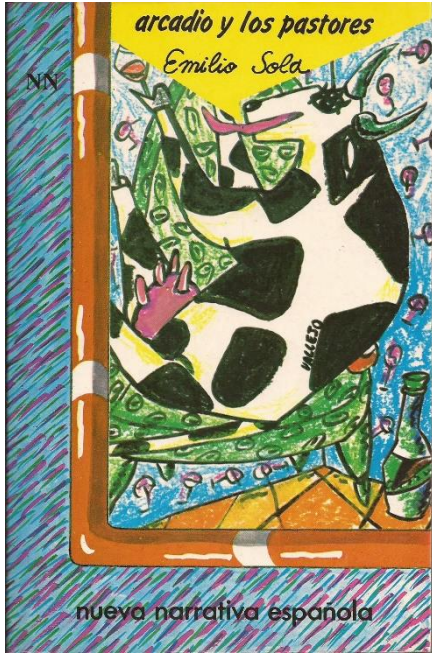
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

12

03 Arcadio y los pastores



“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21

He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

INDICE

PRIMERA PARTE

- | | |
|--|----|
| 1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros. | 9 |
| 2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim
Bushacor sobre el padre del cuchillo | 13 |
| 3. Las leyendas de Hamam Masjutín, el baño de los maldecidos, y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Ahrás. | 22 |
| 4. El grupo del valle del Mago | 32 |
| 5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de
Leila V y Estambuli Entrambosaires | 40 |
| 6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli charlan sobre el pasado. | 50 |
| 7. Filis, Yeni y el grupo del valle del Mago | 61 |

SEGUNDA PARTE

Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido

- | | |
|--|-----|
| 1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense
en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza . . . | 75 |
| 2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la
cabritilla | 87 |
| 3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago | 97 |
| 4. Los rebaños de la transhumancia en el valle del Mago, con la
historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros . . . | 106 |
| 5. La breve experiencia de transhumancia de Leila Naser V,
con una interpolación amplia del amanuense segundo de
este relato | 114 |
| 6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez
de ésta y su abandono del valle del Mago | 124 |
| 7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov | 134 |

TERCERA PARTE

Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov.	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín.	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia. . . .	210
Dedicatoria y Final	223

~~chachos Hamuíns salieron para el sur, hacia el sector occidental de la gran muralla verde. Desde el camioncito que los llevaba al aeropuerto saludaron al viejo Abdelhakim que había salido a despedirles con el niño Arcadio en brazos.~~

3.—Era el tiempo de la fiesta de la flor y de la pintura cuando Simón el Mago pasó por la región de Guelma la última vez antes de su instalación definitiva allí, finales de mayo. Desde hacía casi un siglo, desde antes de la Gran Confederación Centro-Sur, cerca de Guelma, en Suk Ahrás, un poblachón agrícola próximo a la antigua frontera argelino-tunecina, se celebraba anualmente la fiesta —una semana de finales del mes de mayo— así llamada, la fiesta de la flor y de la pintura. Hasta poco antes del lanzamiento de la Gran Confederación, en su primer medio siglo aproximado de vida, se había celebrado bajo el lema de “Arte y Revolución”, pero esa denominación había sido sustituida por el nombre que llevaba, más adecuado a los nuevos tiempos y al espíritu de ellos. Cada dos años, y desde antiguo, era internacional la muestra, una verdadera bienal. Todo el pueblo, y en particular la población infantil y juvenil, se echaba a la calle en esos días y acogía con actos culturales de todo tipo a los invitados llegados del exterior para esa celebración; las sesiones de pintura colectiva al aire libre, por todos los rincones del pueblo, en cualquier lugar medio abierto o plaza, en paneles de grandes dimensiones, era manifestación de gran espectacularidad y belleza. Niñas que plasmaban sus sueños de jardines abarrotados de flores, árboles, pájaros y fuentes cercando pueblecitos de casas diminutas y blancas de terrazas soleadas y poblados de muñequitos de túnicas multicolores y tocados fantásticos; niños que dibujaban cabalgadas antiguas y escenas pastorales en colinas de verde brillante con bosquecillos tupidos y palmerales en llanos amarillos que se perdían en la lejanía; muchachos y muchachas que pintaban fantásticos paisajes y ciudades de innumerables cúpulas y torres inventa-

das, sin duda fruto de viajes reales o soñados por lejanas tierras.

Precisamente allí, en una de las bienales de Suk Ahrás, había presentado Mario Pinto Godinho el proyecto definitivo y maqueta de plataforma circular transformable en fuente-piscina o gran pileta que había de ser panteón y monumento a la memoria de Borondón el Babilónico en la casa del naranjal a su muerte, diez años después de la presentación de dicho proyecto. Porque Suk Ahrás era escala tradicional cada dos años de los grupos de cavernícolas, uno de los clásicos escaparates para sus creaciones, y de aquella región habían salido a lo largo de los años un elevado número de artistas plásticos crecidos a la sombra de las fiestas de la flor y de la pintura, muchos de ellos integrados en las comunidades cavernícolas de la costa dalmata.

En aquella ocasión —era un par de días antes de la luna nueva, brillante filo de alfange de plata iluminado ésta— Simón el Mago había llegado a Guelma para ultimar los preparativos de su instalación allí tras organizar en el departamento de informática un proyecto preciso. Le acompañaba Estambuli Entrambosaires, Fito Naser y la sobrina de éste, Leila, Leila Naser —casi de la misma edad, Leila Naser III, a los doce años largos de dar a luz a Leila Naser IV, madre de Leila Naser V, dio a luz a Fito Naser con lo que la verdadera dinastía que suponía Leila Naser se vio enriquecida, entorpecida o qué con la feliz interferencia que suponía de hecho el varón Fito—, los tres en el arranque de su veintena aunque Fito un par de años mayor que los otros dos, en sus primeros desplazamientos largos e independientes. Mientras Simón el Mago investigaba un par de días la cartografía existente en Guelma sobre la región que ya había previsto escenario de sus experiencias ganaderas, Estambuli, Fito y Leila Naser, en compañía de gente de la región —entre ellos Arcadio, un espigado muchacho ya de vivísima mirada oscura que contrastaba con sus rubiales pelo y piel—, recorrieron la comarca y hasta hicieron una excursión a Annaba, baño de mar. Estambuli Entrambosaires era un fiel retrato —así decía Consuelo Entrambosaires o

Estambulina, su madre— del hombre del colmillo verde, Ahmed Pujol, a su edad, aunque de temperamento casi opuesto, introvertido y poco reidor, de frecuentes períodos más o menos largos de tiempo de reflexión u observación, soñador y parco en palabras. “Este niño es casi un saltatrás”, le había comentado de Estambuli la americana Nico a su madre cuando, en la casa del naranjal el verano de la muerte del Antigo, habían coincidido allí y en alusión al color de la piel, bastante más oscuro que la del Pujol, y habían reído la plasticidad de la palabra con la que los americanos designaban ese fenómeno podría decirse de atavismo en el mestizaje, mulataje mejor, en el que los rasgos de la raza negra reaparecían inopinadamente con fuerza al cabo de generaciones de mezclas multirraciales. En la cascada petrificada de Hamam Masjutín Estambuli se había entrenido toda una tarde en observar las diferentes formaciones calcáreas en los canalillos de aguas hirvientes, en la cascada misma y, sobre todo, en el pozo y en las altas figuras que la leyenda antigua adornaba con inquietantes referencias; decían los viejos del lugar —y los más recalci-trantes afirmaban creer la historia literalmente cierta— que en tiempos anteriores a revelaciones religiosas precisas base de una de las grandes religiones clásicas, en la región era frecuente el emparejamiento incestuoso y que el gran revelador había querido enseñar, con un castigo ejemplar que perdurara, que el incesto era un gran pecado; aquellas altas y fantasmales formas calcáreas eran los protagonistas de una boda entre hermanos, contrayentes o séquito o invitados, petrificados el día mismo de la boda en aquellos anti-quísimos tiempos milagrosamente, y el murmullo que salía de lo hondo del pozo de aguas hirvientes eran los lamentos de sus almas y de seres infernales que aún sufrían el divino castigo. La desmesura y crueldad de la historia impresionó a los muchachos, pero más por lo calenturiento de las mentes que la idearan que por los increíbles hechos mismos que narraba, y el Estambuli, tras toda una tarde de observación, reencontró a sus compañeros —en el balneario del lugar, que aún regentaba el viejo Sidi Abdelhakim Bushacor, en

plena preparación de una cena al aire libre con meshuí incluido y buena música— con un cuaderno abarrotado de notas de letra diminuta e innumerables esquemas y dibujos realistas —apasionado como era de la geología—, así como con muestras muy variadas de la flora del entorno —también apasionado de la botánica— que se dedicó a clasificar mientras sus compañeros de fiesta conversaban, hacían música o bailaban. El chico Arcadio, tras merodear un rato por donde Estambuli ponía en limpio, resumía y clasificaba, y tras una consulta muda y discreta e igualmente muda aprobación, se instaló a su lado y le ayudó incluso en tan minuciosa y delicada faena. Al final de la fiesta tenían un hermoso álbum y charlaban distentidos sobre él bajo un farol exterior y una luna nueva a punto de aparecer o desaparecer, no sabían bien, casi invisible.

A Leila Naser —Leila Naser V, para entendernos, porque estas Leila Naser han sido desde siempre uno de los intrincados problemas que los amanuenses hemos tenido que desenmarañar y no estuvo clara la cosa hasta que (hará cinco años, pues era finales del otoño, como ahora, cuando escribo, es) hubo una reunión de amanuenses en Mallorca a la que fue invitada Leila Naser la Vieja (Leila I) con sus recién cumplidos 95 años (cuatro antes de morir, el año pasado, cuando le faltaba uno para el siglo) y nos hizo un esquema claro de su digamos dinastía con la elegancia intacta conservada desde aquella histórica y hermosísima fotografía con Gina Manfredi, María de la Soledad, la sombra de Rocco y Leila II en su vientre, todos desaparecidos como ella misma, pero de feliz memoria y fértil, y no quiero enredarme en el tema de la inmortalidad pues no es este lugar adecuado— a Leila Naser, decía, le había entusiasmado el teatro romano, en muy buen estado de conservación, en donde recitara para sus amigos aquel “Oh tecna palai tu Kadmu nea trofé”, “Oh hijos, vástagos nuevos del antiguo Kadmo”, o así, que memorizara aún, arranque del “Edipo Rey”, reliquia en su mente de terminados estudios clásicos que, ya sabía, no habría de proseguir con profundidad aunque continuaran siendo punto obligado de referencia

entre muchos en su trabajo de animadora cultural de grupos. Fito, tío y compañero de infancia y juegos de su sobrina —aunque estas palabras que designaban parentescos, al margen del de madre-hijo, estaban tan en desuso que algunos las utilizaban en sus estudios como verdadera anti-gualla y como juego de adivinanzas incluso en reuniones—, se interesó particularmente por el funcionamiento de las comunidades y su coordinación informática a nivel local —pues la regional y la inter-regional estaba normalizada y la conocía bien por su esmerada formación en la casa del naranjal—, y toda su curiosidad no pequeña fue satisfecha en la casa de la computadora guelmesa por una chica a la que conocía de vista de viajes por otros lares. El cuento de las estatuas de caliza de Hamam Masjutín le inspiró toda una serie de bromas a Leila durante la tarde —sobre si serían incestuosos o no posibles amores que pudieran iniciar un día—, como con frecuencia desde niños hacía, hasta conducir a la chica hasta el límite del enfado, lo que sucedía también con frecuencia desde niños, y a que dijera la frase habitual que solía decir para cerrar la cuestión, “No me molestes más, impertinente mentecato”, que ella modulaba parodiando una de las frases del diálogo de la primera pieza de teatro que había representado en público.

Aquella noche Sidi Abdelhakim había estado muy elocuente y dicharachero, contento con que Simón el Mago hubiera decidido incorporarse a los grupos de la región, y Fito había de recordar siempre una muy interesante intervención del viejo sobre la vida de la gente que Estambuli con sus notas y plantas y Leila con su deambular de un lado para otro se perdieron. En uno de sus momentos más graciosos, decía ante el regocijo general: “A la vida, la gente le pide pocas cosas, las cuales podrían resumirse en las tres ces: culo, comida y conversación... Claro está, entendiendo las tres palabras en sentido lato, pues comida incluye casa, cama y muchos etcéteras y conversación todo lo humano, desde lo más tosco a lo más sublime.... Lo que estaba claro que no le pedía era trabajo ni trabajos, si no hubiera estado tan ligado en la sociedad pasada con estas tres

ces... Y es que trabajar no era entonces creativo como conversar...” Y así, de esta suerte el discurso bushakoriano, entre canciones y otras amenidades del tiempo de la distensión, transcurrió la velada.

Al día siguiente se fueron muchos, y entre ellos los cuatro visitantes, a la fiesta del día de la semana de la flor y de la pintura, a Suk Ahrás, en expedición jubilosa a través de montes de bosque reciente y colinas de trigo y miniolivares desparramados aquí y allá con ese orden perfecto que parece salido de la mano de un hombre ancestral, antiquísimo, caprichoso e imaginativo, paisaje diríase intacto desde milenios atrás y por eso memorable y a mimar —lo sabían y, porque lo sabían, lo mimaban—, en donde tantas películas de griegos y romanos y árabes de ambiente campesino o pastoral habían sido filmadas. En el minibús que condujera al grupo el chico Arcadio se sentó al lado de Estambuli Entrambosaires y no dejó de interesarse por cualquier accidente geológico o formación vegetal que éste se dignó explicarle. “Ese árbol, por ejemplo, no es olivo sino acebuche, y tanto en árabe como en español se denomina igual”. Y el chico Arcadio se maravillaba de la sabiduría de su joven maestro.

A media mañana estaban en Suk Ahrás; todo el pueblo era una fiesta; a todas las ventanas, balcones y terrazas, alfombras, mantas y tapices de franjas de colores de todas las regiones magrebíes hasta de las más alejadas; en la plaza central expuestos una treintena de grandes paneles pintados por los diferentes grupos, de donde saldría uno vencedor que engrosaría el museo que la semana tenía dedicado en la ciudad y tras pasear un año por regiones e islas cercanas; por toda la ciudad banderolas reales o inventadas, la blanca y verde de la antigua Argelia y la blanca de la Gran Confederación en lugares preeminentes como una concesión al recuerdo, a cuando aún las banderas tenían un significado y un lugar en los corazones de la gente. Una orquestina beduína de gaita, carcabú y derbuca jaleaba a los visitantes de la exposición de paneles desde el quiosco central de la plaza de cupulita airosa recién remozada con tejas de

loza que brillaban al sol y remate de león bailante más que rampante y diríase sonriente, del mismo vidriado y multicolor material. Un grupo de muchachas y muchachos coronados de flores hacían de guías de la exposición y explicaban detalles técnicos o cualquier pregunta que se le ofreciese hacer a cualquier mirón, en su aire satisfecho se les notaba a primera vista ser los autores materiales de aquello que se esforzaban en hacer comprender.

La comida fue bulliciosa y multitudinaria, en el escenario que aquel año los cavernícolas habían ideado como escaparate de su último año de creación y que habían instalado a las afueras del pueblo, en una finca que había pertenecido a un antiguo notable ricachón y loco, dueño de incontables cabezas de ganado de todo tipo, y que había plantado en ella infinidad de sauces llorones, cipreses y palmeras hasta dejarla tal como entonces —tantos años después— era; sus descendientes, pocos aún en la región, muchos de ellos integrados en los grupos del paraíso de las islas, la habían cedido a las autoridades municipales conservando un único derecho de acampada o instalación sin más en ella a su paso por allí. En aquel escenario peculiar y exhuberante habían instalado los cavernícolas su raro museo de aquel año, medio escenario polivalente, medio muestrario de objetos utilitarios —toda la vajilla que habían de usar los comensales, copas, tazas, cubiertos, fuentes, cacerolas y un largo etcétera acoplables los unos a los otros hasta formar una especie de escultura futurista, como módulo espacial u hombrón con escafandra acacerolada; mesas y sillas igualmente desmontables y acoplables en pequeños lotes de fácil transporte; toldos protectores contra el sol o la lluvia de telas pintadas con tierras y sustancias vegetales de secreta elaboración y efectos cromáticos y esfumados sorprendentes, de raro clasicismo el resultado, si a algo cercano a algunos estampados (pocos) hindúes, y que un negro de Mali vestido de rojo que andaba por allí gesticulante y sonriente realizaba durante la primavera y el verano con los cavernícolas, durante el invierno y el otoño en sus tierras de origen, insoportables para él otras latitudes; y

otro largo etcétera— u objetos caprichosos sin más, como la bicicleta para caballos que dos cavernícolas vestidos de caballo hacían rodar por entre los grupos para gozo de los niños que los seguían y de los menos niños, en realidad un simple tandem remozado.

Entre los cavernícolas venidos a Suk Ahrás estaba Fued Mustafa, de origen sirio y compañero inseparable de Mario Pinto Godinho en sus años últimos de vida, con gran prestigio entre los cavernícolas por ello y porque había recibido del inolvidable maestro sugerencias de trabajos a hacer que tenía dentro pero que notaba que nunca llegaría a realizar —“siempre el tiempo fue demasiado corto tiempo”, como decía un poeta antiguo, “sobre todo para algunos”, añadiría este amanuense— y que él, Fued Mustafa, tan próximo en técnica, afición y temperamento bien podría realizar un día. Hombre de porte sobrio y mirada encendida y oscura, en la plenitud creadora de sus no aparentados cuarenta y cinco años, corto y ancho —corpulento, poderoso brazo—, Fued Mustafa parecía haber heredado de Mario Pinto Godinho el aire tristísimo en la expresión del rostro que todos decían le avanzaba incontenible con la edad. Fued había cerrado tras sí la puerta para dejar a Rocco Consales morir en los brazos de su amigo portugués y había escuchado las últimas palabras de éste antes de que se hundiera definitivamente en la mudez total, él pensaba que premeditada, el año último de vida, y había recogido e interpretado todos los sueños últimos de su maestro expresados en bocetos de trazo rapidísimo, como con prisas, que cada vez eran más los niños con paloma, autorretratos de su adolescencia, y esbozos de viñetas de aquel histórico “Los niños en la guerra y los niños en la casa de Zeralda”; recordaba, y lo contaba en ocasiones, que el día que Mario Pinto Godinho le tendió un único boceto apenas esbozado con lo que de inmediato reconoció —buen conocedor de la obra del maestro portugués—, el rostro de una niña con los rasgos de Gina Manfredi, las medio ininteligibles “y fueron muy felices” y el apenas legible y como a golpes “fin”, supo que iba a morir y lloró, amargamente lloró la muerte presentida de su

maestro y compañero, muerte que apenas había de tardar unas horas en llegar, muerte apacible —no por ello menos dramática y feroz— como de sueño o vuelo de gaviota o paloma que llegara planeando... Muy pocas veces contaba Fued Mustafa aquel momento de su vida que siempre había de llevar a fuego tatuado en el corazón, pero aquella noche, tras una tarde plena de actividad y fiesta, en un rincón del jardín de palmeras, cipreses y sauces llorones, protegidos por telas pintadas y a la luz de un farol-serpiente graduable, frente a Simón el Mago, Estambuli Entrambosaires, Fito Naser —siempre insaciable ante el pasado del paraíso de las islas— y un par de chicos —un chico y una chica— cavernícolas, tras interesarse vivamente por lo que Simón les contó sobre el proyecto que preparaba para comenzar de inmediato con las manadas salvajes de la región, que a Fued Mustafa se le antojó, como dijo, el arranque de una nueva Arcadia feliz y para el que brindó —y los dos chicos cavernícolas asentían, se les notaba, con gusto— la entera colaboración de sus comunidades, aquella noche —decía este amanuense y perdonenle su tendencia a la enumeración caótica y reiterativa que hacen tan complejo su estilo literario— aquella noche con sobriedad, expresión tristísima y tono de voz con quiebros periódicos por la emoción, Fued Mustafa les narró puntualmente la muerte de Mario Pinto Godinho unos veinte años atrás, tres después de presentar su proyecto de monumento borondoniano, siete años antes de la muerte del Antiguo y a los sesenta y dos de su edad y cuarenta y seis de la muerte de Juan Bravo. Absorto el grupo y en silencio escuchó las tan preciosas y emocionadas palabras de Fued Mustafa, que este amanuense no reconstruye porque sabe que otro a ello está dedicado, pero que en esencia era una confirmación de lo que todos —hasta el joven Arcadio— ya sabían: el momento de la muerte puede ser triste, muy triste en ocasiones, pero es uno de los más perdurables en el recuerdo de los cercanos —tan fuerte como el del descubrimiento del amor o el de algunos momentos sublimes de la vida—, uno de los que forjan, por más preciso con mayor intensidad, la

memoria de los grupos, de la gente. La imagen del cadáver de Mario Pinto Godinho tendido en el centro geométrico muy iluminado de la cueva artificial que le sirviera en vida de vivienda invernal y que luego había de ser, intacto su interior, con los objetos y mobiliario en su lugar, cerrada herméticamente con una plancha de acrílico inmaculado y transparente y extraído todo el aire del estanco interior hasta producir un vacío total en aquel agujero escarpate, (era) de todos conocida, lugar de visita frecuente de la gente en movimiento, uno de los innumerables motorcitos del paraíso de las islas. Salvo Arcadio, todos conocían la cueva de Pinto Godinho; Arcadio supo aquella noche a dónde debía viajar un día.

Ya tarde, antes de irse a dormir, Fued Mustafa le hizo a Simón el Mago varios croquis de lo que luego había de ser la casa despertador de pájaros como una contribución primera de los cavernícolas a la futura Arcadia feliz, planta, alzados y perspectiva que luego Estambuli Entrambosaires pasaría a limpio a escala con la ayuda de Arcadio y que habían de seguir fielmente, con mínimos retoques, en la construcción de la dicha.

El día siguiente se lo pasó la gente en Suk Ahrás, mientras Simón el Mago viajaba al territorio elegido para su experiencia ganadera; Estambuli quiso acompañarle, y los dos con un vecino guelmés de sisi Abdelkahim visitaron el alto semi valle-semi meseta. Por la noche habían de tomar avión de nuevo de regreso, mientras Leila Naser viajaría a Sicilia para ultimar los preparativos de su parte o contribución a la experiencia, la formación de un grupo de animación cultural en Guelma y su región, en donde estaba ubicada o localizada la futura Arcadia.

En el momento de la despedida —ese detestado momento si no se esperase un después más luminoso— a Arcadio se le veía triste, como un perrito tras Estambuli le seguía dondequiera que éste fuese, y tanto sisi Abdelhakim como el Mago lo captaron y se consultaron mudos con la mirada. Simón le dijo a su compañero de viaje —de hecho tutor suyo aunque el chico tuviera toda la independen-

cia de un adulto ya— si no se despedía de aquel muchacho y Estambuli —su introversión y timidez hacían que pareciera tosco en las relaciones, que no se reflejara en el exterior lo que dentro pudiera estar pasando en el reino de sus sentimientos— pareció cerciorarse entonces de la presencia de Arcadio y, teniéndole el álbum que llevaba bajo el brazo, le dijo que creía que muy pronto volverían para instalarse allí y que esperaba que él formara parte del equipo pues tanta afición mostraba a piedras y plantas, que le dejaba el álbum para que, en su ausencia, y a la espera del regreso, lo completara en la medida de sus posibilidades y en ratos de ocio; al chico Arcadio se le veía emocionado, casi temblorosas sus manos al recibir de las de Estambuli aquel album de maravillas para él, y le musitó que le gustaba también observar y estudiar reptiles, lagartos y lagartijas, y caracoles, que si podía añadir un capítulo sobre ellos. Estambuli sonrió —hablaban los dos chavales con seriedad y pausadamente, ante la mirada semidivertida de los dos mayores y la indiferencia de los otros que andaban por allí, en pie uno frente al otro al lado del furgón que había de transportar a los viajeros al aeropuerto— y le dijo a Arcadio que era curioso que le interesara precisamente la misma fauna que a él le había comenzado a interesar desde niño, que un día debía visitar zonas en donde hubiera cocodrilos, y que podía añadir un apéndice a aquel album de observaciones geológicas y de flora, que podía ser muy práctico. Se dieron dos besos de despedida en las mejillas y cuando Estambuli y Simón subieron al vehículo Arcadio tenía los ojos muy brillantes a causa de las lágrimas —“es un niño aún”, pensó Estambuli— y, al lado de sidi Abdelhakim a la puerta de la casa de éste, les dijo adiós con la mano cuando por fin arrancaron.

~~4.—El viaje de mayo a Guelma, Hamam Masjutín y Suk Ahrás, el contacto con sus grupos, el examen cartográfico de la región y la visita al valle —si así podía denominarse a aquella alta meseta en barbecho casi circular y bordeada de~~